

Simbología de “Anarkos”

Por Carlos Betancur Arias

El poeta, se ha dicho, es un desterrado del cielo. El resume la voz de la belleza universal, dispersa en todos los elementos, frente a la vida; los misteriosos impulsos del amor, desde el alto y providente que recoge el alma frente a Dios, hasta el que los hombres sienten palpitar frente a la belleza vital del humilde tallo de hierba. Todo lo que se encierra entre los términos de la creación en su mínima forma, hasta el límite sin límite de Dios, está cifrado en la voz del poeta. El, si entendemos por tal el que ha sido dotado por la naturaleza, vale decir, por Dios, de todas esas inefables gracias, que lo elevan hasta el plano en donde alienta la belleza, para captarla y hacerla ente real, darle forma concreta frente a la expectativa de los hombres, y que realiza sus poemas por la única razón de que es poeta, tiene facultades específicas de vidente y de profeta, de orientador y de soberano de una entidad espiritual que conduce y que adoctrina.

El poeta ha representado, así, en todas las sociedades un papel de imponderable importancia. Ha sido él quien levanta la bandera de la fe en los destinos colectivos; él ha llevado los pueblos a sus victorias, porque la guerra sin himnos, sería imposible, ya que podrían estar armados los brazos, pero estarían inermes los espíritus. El ha realizado las grandes epopeyas de la humanidad, y ha sido él la voz y el clarín de los pueblos, que resuena en las páginas de la propia historia. El ha llevado la vocería y el mandato colectivos ante la cultura de las gentes, y ha realizado las más altas formas de la vida. El, como un nuevo creador, ha hecho la luz, ante el conjuro de un fiat sencillo, cuando interpreta, con su voz lírica, el sentimiento de quien no es capaz de expresarlo; él ha puesto al alcance de las manos de los hombres, el sol y la luna y las estrellas, y ha jugado con los elementos cósmicos, ante la expectativa del universo; él ha revestido la tierra de versos que son flores de la humanidad, y risas y lágrimas, y aliento y descanso; él ha entonado la voz del desespero humano, y ha cantado el amor del divino consuelo. El ha hecho de todos los elementos de la creación, objetivos de su canto, y ha ensalzado, con voz doliente, el fin de los hombres y de las cosas, después de haber asistido al génesis de la existencia.

El poeta es hermano de todo lo blanco que hay en la creación; de todo lo puro y de todo lo bello. Jamás podríamos concebir nosotros un poeta que no unciera su inspiración a las nobles y albas formas de la más limpia prosapia. Por eso no creemos jamás que la escuela literaria llamada naturalista, realista u objetiva, realice una forma de belleza, pues ella no hace más que enlodar la pobre naturaleza humana, recordar el barro arisco de que estamos formados y no eleva nuestro espíritu y nuestro pensamiento a sus altas formas divinas, en donde encuentra verdadero contacto con su Creador. Porque la poesía debe tener por fin elevar nuestro espíritu a las más altas regiones de la propia esencia vital, entendida en sus formas sustanciales; porque el poeta debe recordarnos nuestro eterno destino, que es al mismo tiempo nuestra propia fuente, ya que emanamos de la boca de Dios en nuestra razón sustancial, y tendemos hacia su seno con fuerza indeclinable; esto hacía exclamar a San Agustín que es insoportable e irrevocable nuestra humana inquietud, que ha de encontrar su centro y su huelgo definitivo en Dios, que se hace patente en medio de nuestra propia conciencia.

El poeta es, por ese alto don divino, un intuitivo, que sorprende la íntima razón de las cosas en sus propias fuerzas de inspiración. Cuando la luz de la razón es aliento vital para ascender de las simples formas discursivas hasta la vida de la inteligencia, que se significa por la facilidad de la intuición, el poeta, muchas veces sin razonamiento, predice los aconteceres más altos de la humanidad, y encuentra la razón de la vida futura en el centro de su misma inspiración. Así lo han dicho los críticos cuando comentan la célebre égloga IV de Virgilio que decía: "Sicilianas musas. Elevad vuestros cantos. No a todo el mundo agradan los arbustos y los humildes brezos. Si cantamos las selvas, es porque éstas son dignas de un cónsul. . . Ya llega la posterior edad anunciada por la Sibila de Cumas. Los cansados siglos comienzan de nuevo con la virgen de Astrea y el reinado de Saturno. . . Llega una nueva raza. Este niño cuyo nacimiento debe dar fin al siglo de hierro, para dar principio a la edad de oro, Oh Lucina, bien merece tu protección. . .". Porque esta égloga escrita pocos años antes del nacimiento de Jesucristo ha servido de tema para infinidad de comentarios. Cuenta Eusebio que Constantino pronunció un discurso en la Asamblea de los santos y que en él habló de la profecía contenida en la Egloga que fue traducida al griego; desde entonces, los cristianos del siglo IV hasta los cristianos de este siglo, no han dejado de considerar el mesianismo de la obra de Virgilio.

Podría ser éste un ejemplo de la capacidad vidente del poeta. Y no es ello raro, ya que él tiene las antenas de su inspiración levantadas en el ambiente de todas las humanas contingencias, y de la belleza universal; capta con mayor facilidad que el resto de los mortales la verdad, que es centro de donde dimanan los rayos de la belleza, si conformamos nuestra mente a la conocida y metafórica definición; y nos transmite, en la obra objetiva y concreta del canto lo que ha sido en su mundo, desconocido para el común de las gentes. Así participamos todos de la divina embriaguez que producen las obras de nuestra predilección, en el sentido estético.

Además, en la poesía encontramos una recóndita verdad, que apenas se insinúa, que parece tímida en el fondo de su propio sentido, porque en ella, hay ciertas cosas inefables y que no pueden explicarse. Tales cosas son como los misterios. No existen preceptos para explicar esas gracias secretas, esos encantos imperceptibles, y todos los ocultos atractivos de la poesía que alcanzan al corazón.

Se reconoce en el poeta, por la crítica universal al rededor de los principios determinados de su obra, una facultad por tal modo extraordinaria e inexplicable, que se acerca al éxtasis, porque se ha hecho depositario de la conciencia cósmica.

Hay que tener en cuenta que **Guillermo Valencia**, el nombre que ahora nos representa esa alta categoría, se formó al amor de las disciplinas clásicas, en el Seminario de Popayán, en donde los hijos de San Vicente forman una sociedad en que la austeridad y sencillez de las costumbres evocan los primeros tiempos cristianos o recuerdan la hidalga vida de esa villa castellanísima. La disciplina es dura. La confesión frecuente desarrolla intensamente la visión introspectiva y forma temperamentos analíticos, aptos para disociar los estados de conciencia, según los métodos experimentales de Loyola. Por otra parte, las facultades literarias encuentran vasto campo para su desarrollo. El rigor escolástico, en su distinción sustancial de materia y forma, enseña a separar el estilo de las ideas y a trajinar por éstas independientemente de todo elemento imaginativo. El estudio de la lengua latina lleva lógicamente a las síntesis mentales, a la condensación de la frase, y hace amar la literatura clásica. Se traduce en ese ambiente, con cariño, a los Padres de la Iglesia. San Jerónimo, Minucio Félix, San Agustín, etc. son allí, lecturas familiares.

De estas disciplinas surgió el "San Antonio", el poema de más vasta concepción de Valencia y que tiene por base el diálogo entre el santo y el hipocentauro, tan ingenuamente narrado por San Jerónimo en su latín bárbaro. He ahí la célula que engendró ese organismo poético que es más trascendental que el "Coloquio de los Centauros" de Darío, y obediente en el fondo a esa especie de tragedia intelectual en que Valencia sitúa los asuntos de sus poemas. Allí está la lucha de dos civilizaciones, el cruce de dos grandes momentos históricos. La acción del poema parece trasladarnos a aquel momento, decisivo en la historia de las ideas, en que San Pablo pisó la tierra de Atenas y paseó su rostro enmarañado de judío a través de las calles pobladas de divinidades olímpicas y de hombres tan hermosos como dioses. Con todo, la concepción del poema es esencialmente pagana. Son dos formas de belleza las que allí luchan. El centauro personifica todo lo que hay de hermoso en el paganismo: la gracia de las formas, la alegría de la fuerza, el desbordamiento vital. El Cristo del poema no es el reformador del mundo por el influjo moral de una doctrina, ni el enviado del Padre para salvar a los hombres. Es un profeta joven cuyo genio místico crea una institución poderosa y que en el momento de expirar añora sus tierras de Galilea, con sus viñedos y sus lagos, y supera en expresión dramá-

tica al encadenado del Cáucaso. La mortificación, el vencimiento de las pasiones, principios de perfección en la ética cristiana, son allí fuente de voluptuosidades y, por no sé qué sadismo intelectual, llegan a crear equivalentes de gozo, comparable con el placer afectivo.

De índole muy diversa es su famoso poema "Anarkes", que va a ocupar nuestra atención en este instante.

La época era difícil para el mundo, a fines de la pasada centuria. La civilización avanzaba en todos los países, con acelerado ritmo, y esa misma civilización estaba arrancando con crueles garras, del corazón del hombre, los principios de su moralidad. Acababan de aparecer en la Europa inconforme, las obras filosóficas que prepararon el ambiente para el advenimiento de la cristalización en sistemas económicos, de las tesis del materialismo histórico. Hegel y Engels, daban fundamento para la armazón interior del sistema capitalista, que preparaba la reacción de los hombres en contra de quienes se creían dueños del mundo y amos del universo. Los tres factores de la producción no tenían la misma entidad para los intereses de quienes propugnaban nuevas formas vitales, frente a la economía. La naturaleza y el trabajo parecían prevalecer sobre el capital, para llegar a la producción de riqueza. Los obreros, la mano de obra, era subestimada, al decir de los predicadores de la reforma, en los tiempos feudales del medioevo. Y ahora debían armar su brazo para preparar la revolución que había de redimirlos; lo que el rico no les ofrecía por obra de la justicia, ellos debían tomarlo violentamente, por obra anárquica. Entonces podrían levantarse para buscar la igualdad material y económica, frente a aquellos que los trataban sin miramientos y sin misericordia. Y en realidad, que en parte tenían razón, porque con ellos, con el mundo obrero no se había hecho justicia. Los pobres constituían, y constituyen, las reservas del cielo pero no es justicia que no se les mire con aliento amoroso en el nombre de Dios y se les abra la mano de amigo, para que encuentren amparo, en principio, en aquellas personas a quienes sirven. El obrero es el pobre del Evangelio, a quien Dios bendice a diario, aun con el ejemplo de su propia vida; porque pudiendo haber nacido en palacios suntuosos y ricos, prefirió abrir sus ojos a la luz del mundo en un pesebre dismantelado y frío, y sufrir durante su existencia todas las miserias excepto el remordimiento. Por eso cuando Engels y Marx se percataron de que, en las sociedades que ellos denominaron "burguesas", las ideas y los valores del espíritu servían para ocultarles a los pobres las fuerzas materiales con que los tenían sometidos, surgió el comunismo. Como ideología, consiste en desconfiar de las ideas y en despreciarlas; en salirles adelante con elementos que, según el comunismo, son el verdadero fundamento del orden burgués: la fuerza. Marx y Engels descubrieron que, además del capital y de la autoridad política, están las masas con su ira y su desesperación, como fuente de fuerza. La lucha de clases, es la lucha entre el poder de las masas y del grupo compacto que forman el capital, el poder público y... la religión.

Y después quisieron encontrar el único método de hacer adeptos y de obtener la confianza de las masas para los capitanes del momento; entonces se hicieron como ellos, en la presentación externa. A-

divinaron que al pobre se le evangeliza en medio de la pobreza, y por apóstoles revestidos de pobreza. La fuerza de la masa era su sostén; y era el principio de Anarkos, la fuente de la propia destrucción. Y esa masa fue conseguida con relativa facilidad, porque encontraron que el mundo tenía hambre. El mundo de la pobreza, representado por la larga escala que llevaba desde el hambre meramente física o animal, hasta la sed del arte y la incompreensión cantada por el mismo poeta Valencia en sus célebres "Camellos". Y los famélicos de todos los órdenes, iban en larga caravana en busca de un aliento, y fueron utilizados para la gran revolución que previó, con visión profética, León XIII, cuando promulgó el 15 de mayo de 1891, la encíclica "Rerum Novarum". Desde entonces el comunismo es para nosotros los católicos, ante todo, una herejía, una caricatura de la Verdad y de la Justicia, una amalgama de verdad y error, de justicia y violencia extraordinariamente difícil de discriminar, tanto más atractiva para un espíritu simplista, cuanto más ardiente sea su nostalgia de un mundo más sincero y más justo. La violencia, el asesinato, el despojo, la tiranía, nos aparecen como consecuencias lógicas de la ideología comunista; les admiramos el denuedo con que llegan a las últimas consecuencias de sus satánicos principios. Un anticomunismo donde efectivamente tomemos parte, un anticomunismo promovido por católicos, tendrá como fundamento una jerarquía de peligro y de medios de combate donde figuren, en primer término, el error comunista y la divulgación de la verdad. Lo demás vendrá por añadidura.

Visto el panorama, podemos considerar cómo el poeta Valencia captó, con sagaz entendimiento, del grave problema que se avecinaba para la humanidad, la historia de hoy y las consecuencias futuras que ya se presentían, sobre todo en su visión sociológico-poética.

Allí está el primer cuadro: el mísero can, el perro famélico y esquelético, dormido al pie de la polvosa puerta: en sus entrañas hay revoluciones de fiebre producidas por el hambre y por la sed. Lo acosa su natural apego a la vida, y busca saciar estas primordiales urgencias en donde encuentre el alimento; así moribundo, encuentra la fosa de las cosas putrefactas, en donde se topa con el veneno de su vida física, en lugar del pan, y éste es el principio de su total liberación. El poeta empieza en la famosa obra simbólica, por darnos la noción del hambre física, del tormento gástrico, ante la ausencia total de viandas y deglusiones. Quiso hacer sentir, en el principio mismo del problema social que ya entonces ofrecía su sentido de violencia, una de las fuentes principales de su divulgación y de su misiología: el hambre del perro, hermano de todos los desvalidos racionales, que sufren el tormento de esta hambre física, en la bohardilla miserable, carcomidos por la fiebre del deseo, que encuentran como alimento sólo el tósigo de los residuos de la podredumbre. Cuadro tétrico que ha acosado todas las sociedades del universo, y que no ha tenido quien se apiade de sus sombras, para pintar sobre sus lienzos la luz de una nueva vida. Sólo Cristo desde el principio se sintió misericordioso frente a esta clase de hambre, para resolver, desde las propias páginas del Evangelio, el ingente problema que se avecinaba para el mundo: un día tuvo misericordia sobre las turbas; en ese instante, cuando la multitud le seguía y tenía

hambre, se sintió el dueño de las infinitas riquezas y recursos que Dios sólo tiene: y bendijo unos panes cortos y unos peces pequeños, y ellos alcanzaron para que aquella turba pudiera saciar su hambre física. Cuando los hombres de capital tienen amor, no hay odio en el corazón de los pobres; cuando los pudientes dedican una hora del día al pensamiento de sus pobres en miseria, hay un germen nuevo en el alma hambreada de comprensión de quienes tienen la constante queja de su estómago vacío. Porque el pobre es hermano nuestro en el nombre del Señor, y hay una obligación perentoria para los cristianos, de saciar sus necesidades, cuando en nuestra mano esté el remedio, nada empece que sea con esfuerzo. En él hay que ver la persona de Cristo que recompensa con una eterna riqueza la corta dádiva que en este tránsito se otorgue a uno solo de sus indigentes.

En proceso ascendente, el poeta busca darnos la sensación del hambre psicológica, determinada por necesidades imperiosas que no vienen propiamente de la entraña física, sino del afán de sentirse humano frente a las nociones estéticas; y entonces fabrica el símbolo de los mineros: es el minero el hombre que, como miembro de una pobre y miseranda nación de escarabajos, horada la entraña dura de la tierra, para extraer los metales y las piedras preciosas: en el túnel profundo y oscuro y agotado, encuentra la tisis, enfermedad repugnante que hace de los hombres esqueletos vivientes, y les atormenta con el flaco látigo de su eterna fatiga. Y su hija, nacida al amparo sin amparo de un techo impreciso, es la que va a tener la noción doliente de la piedra preciosa, en la fantástica vitrina de la joyería ciudadana. Y sus ojos se desorbitan detrás de la belleza de la joya que jamás será suya, y que ni siquiera podrá acariciar un momento en su sucia mano callosa. Joya destinada a adornar el dedo blanco de una dudosa beldad, o a lucir sobre el pecho de una dama de edad imprecisable. Y fue el fruto de la vida de un minero que rindió su vida por el pobre salario que le ofrecieron, con avara mano, los que hacían empresa sobre la vida y la mano de obra de una cuadrilla de hombres sin ventura que vendieron sus pulmones a la fatigante y mezquina atmósfera de un socavón. La estética acosa el corazón de la joven que recuerda que por ese brillo, que nada dice a una necesidad meramente física, sino a un vacío de alma frente a la belleza, su padre prendió el aire y se quemó en el oscuro silencio del carbono. Esto dice muy bien, frente al problema social que analizamos, que el pobre necesita saciar su hambre y tener la mano comprensiva que lo acoja y lo levante; que nada haría quien otorgara la limosna de su dinero o de sus viandas al que la necesita, sino le da su amistad, su comprensión, el blanco don de una sonrisa fraternal. Porque hace por la miseria de quien necesita la ayuda del prójimo, mucho más quien da la palabra cordial y comprensiva, que quien, negándola, o dando precisamente la contraria, alarga un pan para saciar la necesidad de combustión animal. Por eso el Señor, que todo lo enseña desde su Evangelio, se sentó con los pobres, asistió a sus bodas, les dio el vino de su milagro, les curó con sus manos divinas las llagas de su cuerpo y las lacras de su espíritu, les abrió los ojos a la luz del día y a la luz de la verdad y murió entre dos malhechores; escogió a sus primeros discípulos entre los pobres y adornó con las gracias ex-

traordinarias del milagro a aquellos que supieron creer en su divina misión. Porque ellos eran evangelizadores y debían tener la misma categoría de sus evangelizados.

Más adelante el poeta se encuentra con la turba de los artistas incomprendidos, con quemante sed de belleza, que encuentran la noción de su vida siquica en la cuerda de su tísico instrumento, o en la gris paleta en donde apenas asoman las luces del día en medio de las sombras de su propio cuadro, o en la dulce lira que portan con sed de dísticos y exámetros. Ellos se van a sumar a la turba que ya viene, con la consigna de Anarkos, o sea con el afán de la ausencia del orden, con el propósito de la destrucción universal, por ver si entre los escombros encuentran el elemento vital de su arte. Los artistas, los camellos de la llanura vaga que se extiende frente a sus ojos, desértica y árida, como una inmensa sábana de arenas, no encuentran en donde saciar su sed de arte. Y entonces, como elemento de aglutinación de los hambreados de la carne y de la sangre, de los sitibundos de otras necesidades más altas frente a la vida, van a entonar sus himnos a la anarquía, van a hacer resonar su lira frente a la revolución que nivele la existencia y ofrezca a todos igualdad de oportunidades; van a sembrar en sus cuadros el odio de los eternos amargados, y así se precipita el cataclismo; todo parece perdido, en esta cuarta etapa del simbolismo valenciano; todo cae despedazado frente a la fuerza de la masa; todo lo invade el odio y lo infiltra la venenosa rabia de quienes un día sufrieron tantas miserias y ahora creen encontrar la forma que les de el principio de su renovación. Pero el caos no remedia la tragedia; no se cura el enfermo con precipitar su muerte; no se detiene la avalancha buscando el total derrumbamiento; no podría el hombre buscar remedio a su mal de manera racional, en la muerte, porque sería justificar el suicidio. No señores incomprendidos; no, pobres de Cristo, hambreados de todas las especies, que buscáis remedio a vuestros males en Anarkos; no podéis seguir por esa senda, porque allá no está el antídoto; un mal de tamañas proporciones, no podrá jamás precipitar la felicidad al fondo de nuestras propias ambiciones. Rusia hizo su revolución, en donde el comunismo tuvo su cabal realismo, en 1917; y no ha encontrado su pueblo todavía el paraíso; el paraíso no está determinado por el odio ni se fabrica sobre las ruinas del cosmos. El paraíso está sólo en el mundo del amor, que predica Cristo por boca de sus pontífices, y que es la única y total solución al problema social que desde entonces azota a la humanidad y que todos los días alcanza proporciones mucho superiores.

De ahí se desprende, en una clara sucesión de cuadros, la figura magra del Pontífice León XIII, que encarna para el efecto la doctrina de Cristo, con la solución en sus manos de sacerdote que bendicen, que otorgan perdón, que se elevan al cielo. Cristo es la solución al magno problema. La doctrina católica ofrece remedios que son los únicos posibles en esta angustia porque atraviesa la humanidad.

Y las fórmulas son totales y completas: adoctrina a los ricos sobre el uso de sus riquezas, ya que no son esencialmente propietarios, sino cajeros de la Providencia para los fines de su divina economía. Cuando los ricos no cumplen con sus deberes frente al pobre, con amor por ser su prójimo, entonces son culpables del odio que nace en el co-

razón martirizado de quien no recibe la comprensión y vienen a ser, por este modo, los culpables de la descomposición social que precipita la lucha de clases. De ahí la dificultad evangélica que ofrece, en el orden moral, la riqueza, ya que lleva en sí todo el consuelo. Así pudo exclamar Cristo: Ay de vosotros, ricos, porque tenéis vuestro consuelo! El consuelo del pobre está en el cielo y sus mercimientos se acrecientan al ritmo de su pobreza, sostenida con amor y llevada con el sereno y tranquilo ánimo de quien cumple un destino transitorio y busca un fin eterno.

El camino definitivo de estas soluciones, para pobres y ricos, sería sencillo en su entendimiento, si pensáramos con más empeño y fe más firme, en el fin último para que fuimos criados; si llegáramos a persuadirnos con dócil corazón y de manera firme de que estamos en un tránsito, corto, por largo que parezca, y que Dios nos prepara, al final de nuestro humano empeño, la vivienda en sus moradas eternas. Entonces tenderíamos hacia allá con amoroso empeño, confiados, no empee nuestras faltas como hijos pródigos, en que la morada nuestra es segura y definitiva y en que jamás faltará la mirada paterna de Dios que alumbra en el centro del alma con amor irrevocable.

Entonces nuestras necesidades circunscritas al tiempo o al espacio, perderían su angustia, y cada cual cumpliría con su deber, como quien ayuda al compañero de caravana para que todos lleguen sanos y salvos al fin de su destino.

De esta guisa nuestra posición de cristianos debe aferrarse a la idea de que para seguir viviendo y prosperando necesitamos solamente de lo mismo que nos ha servido para empezar a existir: de la Providencia divina. La vida es más que el alimento y el cuerpo más que el vestido. Es perfectamente claro que quien nos dio la vida y el cuerpo se declara capaz y deseoso de proveer el alimento y el vestido. Solamente, exclusivamente, quien abandone la preocupación por sus necesidades puede, al igual de Dios que carece de ellas, ayudar al prójimo, con verdadera indiferencia respecto de sus bienes de fortuna y demás signos empleados por el mundo para clasificar a los hombres en altos y bajos, grandes y pequeños, importantes e insignificantes, decentes y plebeyos. Es por eso por lo que, siendo tan pocos los que viven urgidos de santidad, es tan movido el mercado de hipocresías en cuanto atañe a sensibilidad social.

El problema nuestro, como cristianos, es que andamos por ahí llevando el nombre de Dios y con ese nombre el prestigio, la gloria de Aquel que se distingue de todos en "que no necesita de nuestros bienes, antes bien, tiene todo lo suyo a nuestra disposición; que no tiene miramientos, antes bien, derriba a los potentados de sus tronos y levanta a los humildes". El problema de las masas populares es que han dejado de creer en Dios, porque el espíritu de lucro, contaminando a los católicos, ha hecho desaparecer el desinterés; y procediendo los católicos con miramientos burgueses, han perdido las masas de su vista la gloria de Dios, que reside, para ellas, en el desinterés y en la equidad de los creyentes, como residía para los judíos del Exodo en la columna de nube y en la derrota inexplicable de sus numerosos enemigos. Nuestro problema está en ser responsables de la gloria de Dios ante las ma-

sas, y nuestra ruina está en emplearnos totalmente, en asegurarnos el porvenir, renegando de la fe en la Providencia, endureciendo el corazón frente al pobre y al obrero y haciendo de "la gloria de Dios", una frase tan manida y vana que da vergüenza traerla a cuento. El mismo Dios que para promover su gloria pone a nuestra disposición los milagros, ha de tomarnos cuenta un día de lo que hemos hecho de su propia gloria con nuestra solicitud por los bienes materiales y por los miserables consuelos que proporcionan.

Nos queda, frente a este problema, la capacidad de rectificar nuestra conducta, haciendo el balance final de ella, para continuar sus caminos si es ordenada y recta, o para rectificar sin andamos por descaminos. Así sabremos enseñar al corazón cuáles son los verdaderos motivos que deben exultar sus palpitaciones, para que alcance su destino humano, despreciando con altivo gesto espiritual y levantado, las pobres y miserables riquezas de la tierra, ya que como afirma León Bloy en su "Mujer Pobre", uno no entra en el paraíso mañana ni pasado mañana, ni dentro de diez años; se entra **hoy** cuando se es pobre y se está crucificado". Los pobres debemos aprender a serlo de veras, y los ricos a conseguir el don especial de serlo en su espíritu.

- Ahí está, en floja urdimbre, descubierta la simbología del famoso poema de Guillermo Valencia.